

Cosas que pasan ◆

Armonía

Fuimos a Brihuega mis hijos, mi esposa, mis padres y yo. Atardecía. Mientras circulábamos por la amable carretera que lleva hasta la villa la luna iba señoreando y la luz del sol se inclinaba ante ella. El amarillo de los sembrados agostados mantenía su luminiscencia en la noche, y los árboles de las dehesas parecían globos de sombra. La naturaleza, como siempre, deslumbraba por su belleza. Las estrellas se iban asomando tímidas para ver el espectáculo.

Íbamos a los jardines de la fábrica de tapices (Real Fábrica, o más bien, fábrica irreal, ballena varada entre las viejas piedras de Brihuega) donde se iba

a celebrar un concierto de piano a cuatro manos.

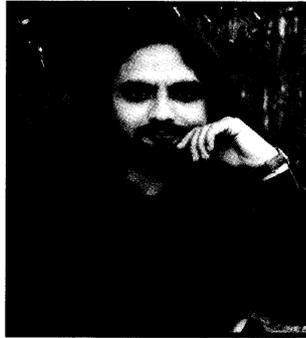
Llegamos pronto y pudimos coger un buen sitio. Mis hijos de cinco y siete años esperaban con impaciencia el inicio del concierto: hacía tanto tiempo que no asistían a uno que habían olvidado cómo era (estas cosas les suceden a los niños). Las chicharras de los jardines eran las perfectas teloneras para el concierto. Las copas de las palmeras y las arizónicas se mecían con el leve viento (el día había sido muy caluroso y la noche traía una tregua en forma de brisa).

Empezaba a llegar público (de todo tipo: gente mayor, parejas jóvenes, grupos de amigos, familias enteras como nosotros...) y cinco minutos antes del inicio no quedaba un asiento libre.

Por fin salieron los artistas y se sentaron frente al piano. Comenzó el concierto con una sonata de Mozart y la brisa se detuvo, las chicharras se callaron, el aire quedó limpio y presto para la música.

Tras Mozart llegó Brahms con sus danzas húngaras. Los intérpretes parecían bailar con todo el cuerpo mientras se dejaban atravesar por las notas (esas cucarachas de una sola pata). Entonces me di cuenta de que yo también estaba moviendo mis piernas al ritmo de la música.

Miré a mis hijos, Miguel, con cinco años, seguía el ritmo con un dedo; Juan, el de siete, movía la cabeza y tarareaba la melodía (una melodía que seguramente no había escuchado nunca antes). Los tres estábamos acompasados, atrapados en la música. Miré a mi mujer y a mis



«LA NOCHE TODA ESTABA SALIENDO DE ESE PIANO ENLOQUECIDO Y YO QUISE LEVANTARME Y GRITAR»

padres, cada uno de ellos se movía también. Miré al resto del público: era un mar de cabezas meciéndose como olas en calma hacia la orilla que era el piano.

Llegó la pieza memorable, la Rhapsody in blue de Gerswin. Miguel, mi hijo de cinco años estaba cansado (eran más de las doce de la noche) y se quedó dormido en el regazo de mi mujer. Esa pareció ser la señal.

El niño empezó a roncar levemente en mitad del concierto (qué apuro pasamos en un principio mi esposa y yo), pero pronto sentimos que sus ronquidos acompasados eran una parte más de la rapso-

dia.

El mar de cabezas danzaba con las notas brillantes de Gerswin. Mi corazón latía a contrapunto. Las chicharras sumaron su bordoneo rítmico, vehemente. El viento hizo bailar a los árboles. La luna, tan cerca, se mecía al compás. Las estrellas titilaban. La noche toda estaba saliendo de ese piano enloquecido y yo quise levantarme y gritar ¡qué estaba pasando!. Pero no pude.

Y fue entonces cuando comprendí que lo mejor era dejarse llevar por ese río de música. Dejarse llevar y sentir. Y sentir que el universo todo estaba en su lugar, que todo era armonía, que el sueño de un niño y el canto de una chicharra trazan una parábola que explica el principio y el final de todo, que la luna rodaba por el pentagrama y los árboles le hacían cosquillas, que las estrellas guiñaban su único ojo y sonreían.

Y yo también sonreía porque en ese momento sentí que formaba parte de todo esto. Y dejaba que mi cabeza fuera una gota más del mar en calma, del jardín en calma, del universo en calma. ▀